

ma respuesta: «Su pleito de usted es muy dudoso; tiene usted adversarios ricos y temibles; es necesario dinero, y mucho dinero, para llegar hasta el fin del pleito... y usted no tiene nada... Se la ofrece pagar sus deudas y diez mil pesos; acepte usted y venda su pleito.» Sin embargo, yo tenía siempre fijas en mis oídos las últimas palabras de mi padre, y no quería... La miseria, sin embargo, iba cercándonos, cuando un día intenté dar algunos pasos con uno de los amigos de mi padre, banquero de Nueva York: Mr. William Scott. No estaba solo; un joven estaba sentado en su despacho cerca de su mesa: «Puede usted hablar, me dijo él, es mi hijo Ricardo Scott.» Yo me fijó en aquel joven, y él á su vez me mira y nos reconocemos... «¡Suzie!—¡Ricardo!» Me da la mano. Tenía veintitrés años y yo diez y ocho, ya se lo he dicho á usted: ¡Cuántas veces en otro tiempo, cuando los dos éramos niños, habíamos jugando juntos! Eramos muy amigos. Hacía siete ú ocho años que él se marchó para acabar su educación á Francia é Inglaterra. Su padre me hizo sentarme y me preguntó qué es lo que me traía á su casa... Se lo dije... Me escuchó y me respondió: «Usted tendrá necesidad de veinte ó treinta mil pesos, y nadie le prestará una suma semejante sobre la suerte incierta de un pleito tan complicado. Sería una locura. Si usted es desgraciada y tiene necesidad de socorro...—No es tal cosa, padre mío, dijo con gran viveza Ricardo; no es eso lo que miss Percival pide.—Ya

lo sé, pero lo que ella me pide es imposible...» Se levantó para despedirme... y entonces tuve un acceso de debilidad, el primero desde la muerte de mi padre. Hasta este momento fuí bastante fuerte, pero yo sentía que mi valor me faltaba. Tuve un ataque de nervios y lloré amargamente. Me repuse, sin embargo, y salí. Una hora después Ricardo Scott estaba en mi casa. «Suzie, me dijo, prométame usted aceptar lo que voy á ofrecerla; prométamelo usted.» Yo se lo prometí... «Pues bien, dijo él, con la sola condición de que mi padre no sepa nada, pongo á su disposición la cantidad que usted necesite.—Pero antes es preciso que usted conozca mi pleito, que sepa lo que es y lo que vale.—No sé ni una palabra de su pleito... ni quiero conocer nada. ¿En dónde se encontraría el mérito de hacer un favor si tuviera la seguridad de recoger mi dinero? Por otra parte, usted me ha prometido aceptar. Está hecho. Por consiguiente no hay que volver á hablar más de este asunto.» Esto me fué ofrecido con tal sencillez y tal generosidad, que al instante acepté. Tres meses después el pleito estaba ganado; estos terrenos, que habían llegado á ser ya sin temor ninguno propiedad nuestra, nos los quisieron comprar en cinco millones. Fuí á consultar á Ricardo. «No acepte usted y espere, me dijo, si le proponen una cantidad semejante, es porque los terrenos valen doble.—Sin embargo, es preciso que yo devuelva á usted su dinero; le debo mucho dinero.—¡Ay! en cuanto á esto, será más

tarde, no hay prisa, estoy por ahora bien tranquilo. Mi préstamo no corre peligro ninguno.— Pero yo quisiera pagar á usted en seguida, porque odio las deudas... Habría un medio para ello quizás, sin necesidad de vender los terrenos. Ricardo, «¿quiere usted ser mi marido?» Sí, señor cura, sí, señor, dijo riéndose Mad. Scott; he sido yo la que de esta manera me ofrecí al corazón de mi marido. Soy yo la que pedí su mano. Esto usted se lo puede decir á todo el mundo, y usted no dirá más que la pura verdad. Las circunstancias además me obligaban á obrar de esta manera. Jamás ¡oh! estoy bien segura de ello, en toda mi vida, jamás me hubiera hablado de ello... Había yo llegado á ser muy rica... Y como no era á mi dinero, sino á mí á quien amaba, mi dinero le producía un miedo espantoso. Esta es la historia de mi casamiento. En cuanto á la historia de nuestra fortuna, se puede contar en cuatro palabras. Había efectivamente millones en esos terrenos del Colorado. Se descubrieron allí minas de plata abundantísimas, y de estas minas cojemos todos los años unas rentas irracionales. Y estamos de acuerdo mi marido, mi hermana y yo en dar de estas rentas una gran parte á los pobres. Usted lo comprenderá ahora, señor cura... que por haber conocido nosotras días muy crueles, y porque Bettina se acuerda de haber puesto la mesa en nuestro sexto piso de Nueva York, es por lo que ustedes nos encontrarán siempre caritativas con aquellos que se hallan, como nos he-

mos visto nosotras, en presencia de grandes apuros y dolores en esta vida... Y ahora, caballero Juan, ¿quiere usted perdonarme este largo discurso y ofrecerme un poco de esta crema, que tiene una cara excelente?

Esta crema eran los huevos con leche de Paulina... y mientras que Juan se apresuraba á servir á Mad. Scott, ésta continuó:—No he dicho todo todavía. Es necesario que sepan ustedes quién ha dado curso á estas extravagantes historias. Cuando vinimos á instalarnos en París, hace un año, creímos de nuestro deber dar á los pobres una cierta cantidad. ¿Quién ha hablado de esto? No hemos sido nosotras, por cierto, pero la cosa fué contada en un diario, insertando la cifra. En seguida dos jóvenes corresponsales se apresuraron á tener una entrevista con Mr. Scott sobre su vida pasada. Querían escribir en sus periódicos... ¿cómo llaman ustedes eso? crónicas. Mr. Scott es un poco vivo de genio algunas veces. Lo fué entonces, y despidió á estos señores un poco bruscamente, sin decirles nada. Entonces no sabiendo nuestra verdadera historia, inventaron una con mucha imaginación. El primero contó que yo había pedido limosna en medio de la nieve en Nueva York... y el segundo al día siguiente, para publicar un artículo de más sensación, me hizo romper aros de papel en un circo de Filadelfia. Ustedes tienen en Francia periódicos bien ridículos... y también nosotros los tenemos, por cierto, en América.

Sin embargo, hacía cinco minutos que Paulina dirigía al cura miradas desesperadas, que éste se obstinaba en no comprender.

—Señor cura, son las siete y cuarto.

—¡Las siete y cuarto! ¡Ay! señoras, les ruego me dispensen, pero esta tarde tengo el oficio del mes de María.

—El mes de María... ¿y el oficio es en seguida?

—Sí, en seguida.

—¡Y nuestro tren que sale para París esta noche! ¿A qué hora será con exactitud?

—A las nueve y media, respondió Juan, y no les hace falta á ustedes más que veinte minutos para llegar á la estación.

—Entonces podemos ir á la iglesia, Suzie.

—Vamos á la iglesia, respondió Mad. Scott, pero antes de separarnos, señor cura, tengo que pedirle un favor. Quiero absolutamente tener á usted á mi lado la primera vez que yo coma en mi casa en Longueval, y á usted también caballero... solos los cuatro, como hoy. ¡Oh! no me rehusé usted esta invitación que es de todo corazón.

—Y aceptada también con el mismo corazón, señora, respondió Juan.

—Escribiré á usted para decirle el día. Vendré lo más pronto posible... Usted llamará á esto colgar la caldera, ¿no es verdad? Pues bien, los cuatro colgaremos la caldera.

Mientras esto se hablaba, Paulina había sido llamada por miss Percival á un rincón de la sala,

y allí, con mucha animación, le hablaba. Su conversación dió fin con estas palabras:

—¿Estará usted allí? dijo Bettina.

—Sí, estaré allí.

—¿Y usted me dirá en qué momento?...

—Yo se lo indicaré á usted, pero cuidado... aquí está el señor cura, y que no lo vaya á sospechar...

Las dos hermanas, el cura y Juan salieron de la casa. Desde allí para ir á la iglesia era preciso atravesar por el cementerio. La tarde estaba deliciosa. Lentamente y con mucho silencio los cuatro, bajo los rayos del sol que se ponía, iban andando por una calle.

En el camino encontraron la tumba del doctor Reynaud, muy sencilla, pero que sin embargo por sus proporciones se distinguía entre las otras tumbas. Mad. Scott y Bettina se detuvieron, sorprendidas por esta inscripción grabada en la piedra:

Aquí reposa el doctor Marcelo Reynaud, médico de los movilizados de Souwigny, muerto el 8 de Enero de 1871 en la batalla de Villertexel. Rogad á Dios por él.

Cuando acabaron de leerla, el cura, enseñándoles á Juan, dijo estas sencillas palabras:

—¡Era su padre!

Las dos mujeres se acercaron entonces á la sepultura, y con la cabeza inclinada permanecieron allí durante algunos momentos pensativas, conmovidas y recogidas. Después volviéndose las

dos á un tiempo, con el mismo movimiento, extendieron su mano al joven oficial y volvieron á emprender su marcha hacia la iglesia.

El cura fué á ponerse la casulla y la estola. Juan condujo á Mad. Scott al banco reservado siempre, dos siglos hacía, á los dueños de Longueval. Paulina había tomado la delantera. Esperaba á miss Percival en la oscuridad, detrás de una columna de la iglesia. Por una estrecha escalera hizo subir á Bettina á la tribuna y la instaló delante del armonio.

Precedido de los monaguillos, el anciano sacerdote salió de la sacristía, y en el momento en que él se arrodillaba en las gradas del altar:

—Ahora es el momento, señorita, dijo Paulina, cuyo corazón latía con impaciencia. Pobre señor querido, ¡qué contento se va á poner!

Cuando se oyó el canto del órgano elevarse dulcemente como un murmullo y extenderse por toda la iglesia, el padre Constantino fué acometido de una emoción tal y de una alegría tan grande, que las lágrimas le asomaron á los ojos. No se acordaba de haber llorado desde el día en que Juan le había dicho que quería partir todo lo que poseía con la madre y hermana de los que habían caído al lado de su padre, heridos también por las balas alemanas.

Para encontrar lágrimas todavía en los ojos del anciano sacerdote, fué preciso que una americanita atravesara los mares y viniera á tocar un nocturno de Chopin en la iglesia de Longueval.

Segunda parte

~~~~~

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO HERNÁNDEZ"  
1925 MONTREY, MEXICO